

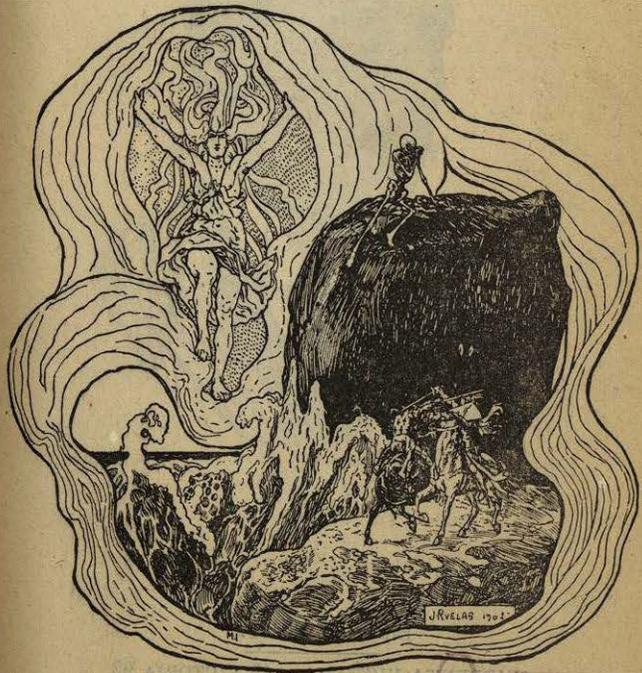
CULTURA

MANUEL JOSE OTHON

POEMAS ESCOGIDOS

SELECCION

DE AGUSTIN LOERA Y CHAVEZ



Véndese en la
LIBRERIA UNIVERSAL
Manuel Yraguirre
MONTREY, N. L.

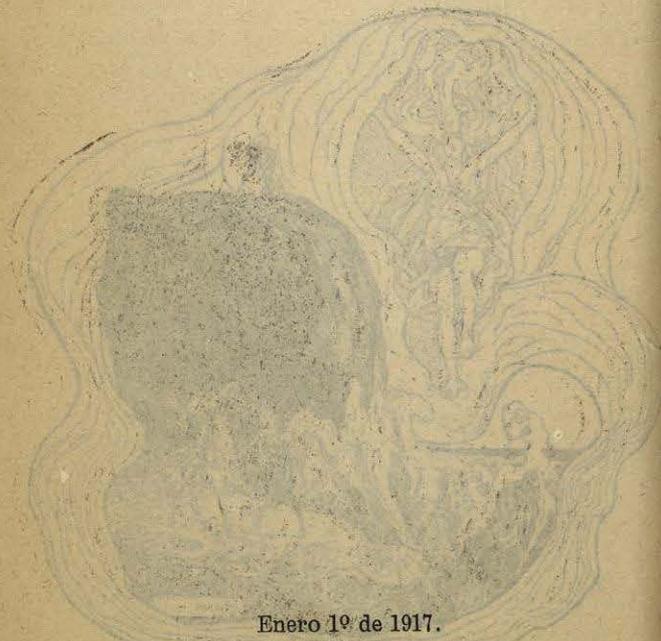
CVLTVRA

MANUEL JOSÉ OTHON

POEMAS ESCOGIDOS

SELECCION

DR AGUSTIN LOERA Y CHAVARRIN



Enero 1º de 1917.

«IMPRESA VICTORIA» .4ª VICTORIA 92.



J. R. VELAS
• 302 •



MANUEL JOSÉ OTHON

El poeta de la «existencia callada» hizo de su obra lírica la expresión más noble de la SENCILLEZ, la SINCERIDAD y la SENSIBILIDAD.

Sencillez en la vida, no a modo de Carlos Wagner, sino al que, provocado por una inclinación natural o ingénita, realiza la atracción perpetua al vivir tranquilo y apartado, en abierta contemplación al paisaje bucólico. Sencillez interior que permite el renunciamiento a las mundanas vanidades y provoca el asco a los pasajeros oropeles. Sencillez en la concepción artística, reflejada claramente en la forma y en la expresión de la idea.

Sinceridad, como suprema cualidad poética que hace de cada pensamiento una revelación interior y de cada palabra una profesión de fe. Sinceridad para juzgarse a sí mismo, tamizando en el recio encaje que teje la verdad, las impresiones artísticas, los moldes de expresión, los modelos,

los motivos de inspiración y aún las más lejanas sugerencias.

Sensibilidad que transforma al verdadero oficiente del arte en un elegido, revelándole los más íntimos secretos de las cosas. Sensibilidad que hace sonora la soledad, luminoso el seno profundo de las aguas, musical el apacible silencio de las selvas.

Othón fué como poeta y como hombre—pues hizo de su arte el reflejo de la vida y de la existencia el espejo de su arte—un esteta sencilo, un místico sincero y el contemplativo más profundo de la *Naturaleza*.

* * *

Nacido en momentos propicios, el 14 de junio de 1858, en San Luis Potosí, tuvo oportunidad de seguir su decidida vocación artística apartándose, no sin escasos sacrificios, de las exigencias que posiciones ostentosas y aun necesarias obligaciones le hubieran impuesto. Modesto y conforme renunció a cuantas vanidades le brindaba el mundo y fué a las montañas de «épica figura», a los bosques rumorosos y al borde perfumado de las aguas, en busca del apacible recogimiento que su intuición de contemplativo le pedía. A orillas del Nazas, frente a la perspectiva de los algodonereros de oscilantes motas blancas, el poeta hizo su obra, escasa—ello es verdad—pero de elevadísima ins-

piración y perfecto acabado. Echese, como él lo pide, un velo sobre las *Poesías* publicadas en San Luis Potosí, cuando apenas frisaba en los 22 años y acéptese como su primera obra lírica, y única por desgracia, los *Poemas Rústicos* que en edición hoy completamente agotada, circularon en 1902.

Frutos en completa sazón ofreció en ese armónico libro, y su obra casi entera se reduce a las páginas que él encierra, pues su teatro, si con algunos aciertos, no le dará nunca la verdadera fama que la crítica le ha asignado como el más grande cantor de la Naturaleza en este país. Prendas de sobra tiene para figurar en el cortejo que presiden Virgilio y Fray Luis de León, Bello y Gabriel Galán.

La Revista Moderna ofreció en sus páginas, siempre fragantes, las producciones que con largos interregnos Othón dió a conocer después de 902.

De acabado perfecto casi toda su obra sería, la cualidad mayor que se le ha reconocido es la de haber encontrado un procedimiento propio que aunaba a las virtudes del clasicismo bien entendido las frescas y remozadas innovaciones de las formas modernas. Descriptivo de incomparable valor y fuerza, impregnó sus composiciones del místico recogimiento que aproxima a Dios: así pudo revelarnos los más recónditos misterios de la lluvia y del rayo, del pájaro y la flor, del clamor de las voces de la noche y del

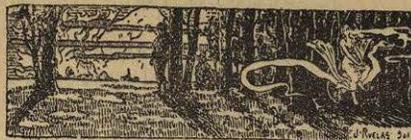
aquejarre de las tumbas. La obsesión del melódico toque de alba lo arrebató en éxtasis de religiosa unción: la sublime filosofía de la Naturaleza.

Cuando más se esperaba de su potente temperamento, súbitamente desapareció de entre los suyos, dejando un vacío hasta hoy inllenado (28 de noviembre de 1906).

Seguro de la inmortalidad deseaba ya la muerte en aquellos exquisitos y sentidos versos con que glorificó la memoria de don Rafael Angel de la Peña; de ella puede estar seguro quien supo amar y hacer sentir el arte tan intensamente. (1)

A. L. Ch.

(1) La viuda del poeta finamente ha autorizado la presente edición. Los señores Valenzuela permitieron con igual galantería la reproducción de las ilustraciones del genial Ruelas.



INVOCACION.

NO APARTES, ADORADA MUSA MÍA,
tu divino consuelo y tus favores
del alma que, nutrida en los dolores,
abrasa el sol y el desaliento enfría.

Aparece ante mí como aquel día
primero de mis jóvenes amores
y tu falda blanquísima con flores
modestas y olorosas atavía.

¡Oh, tú, que besas mi abrasada frente
en horas de entusiasmo o de tristeza,
que resuene en tu canto inmensamente

tu amor a Dios, tu culto a la Belleza,
alma del Arte, y tu pasión ardiente
a la madre inmortal Naturaleza!

PRIMAVERA

AL HIJO DE LAS MONTAÑAS.

Todo en ella es fecundo,
todo germina en la estación de
amores.

Bion de Esmirna.
(Traducción de Ipanandro Acaico).

EL MUNDO SE DESPIERTA A LA SONRISA
virginal y primera
que le manda en los soplos de su brisa
la gentil y encantada primavera.
En torrentes de luz se precipita
el rayo immaculado
del sol, desde la bóveda infinita,
y las flores, abriendo sus corolas
al soplo ardiente del calor fecundo,
parece que en sus pétalos abrigan
el alma de las vírgenes del mundo.

La parda golondrina
ha venido a posarse en mi ventana,
enviándome su cántiga divina
al primer despertar de la mañana.
El cielo es muy azul; la niebla fría

MANUEL JOSÉ OTHÓN

11

que hace poco, muy poco le envolvía,
huyó como la sombra
a la luz del Oriente desprendida,
y natura dejó sobre los cielos
su túnica de gasas extendida.

Las noches son muy tibias. El ambiente
girando en vagos, caprichosos vuelos,
deja, al pasar, el beso de los cielos
sobre mi mustia frente;
y las dulces y pálidas estrellas
derraman su fulgor en la laguna;
que agitando sus olas, se ilumina
con los trémulos rayos de la luna.....

Todo despierta a ese divino beso
que un océano de gérmenes encierra.
Cada aurora que nace
es un girón del sol que se deshace
sobre los yertos campos de la sierra.
Cada rayo de luz una armonía,
lanzada en el espacio por los mundos
que van girando en la región vacía;
y cada flor que tímida y galana
se alza llena de vida, palpitante,
es la huella de un beso que lozana
deja sobre la tierra la mañana
al tibio soplo de la brisa errante.

También mi corazón se abre a la vida
ébrio de juventud. Mi alma se abre
al asomar la dulce Primavera
con su cielo de poéticos albores,
con su risueño y encantado mundo,
para alcanzar en su anhelar profundo

las cascadas de aromas y armonía
que van vertiendo pájaros y flores.
en el concierto mágico del día.

Estación de las brisas y las flores
que viertes sobre el alma adormecida
la suprema explosión de tus albores,
llenándola de vida,
¡cómo a tu casta y divinal presencia
se levanta mi espíritu en su vuelo,
hasta tocar sediente de tus rayos,
las transparentes cúpulas del cielo!

Mi corazón te llama
con el primer aliento de la vida;
tus flores y tus ráfagas reclama
para saciar las ansias inmortales
en el delirio inmenso con que ama.
Ama como tus flores
que abren templando su rosado broche,
al sentir en sus hojas que han huído
las oscuras tinieblas de la noche.
Se levanta, como ellas se levantan
en las vegas y márgenes del río,
al sentir su corola humedecerse
con las líquidas perlas del rocío.

¡Qué bella es la estación de los amores!
Todo respira en torno ese perfume
que derraman las flores,
y mi alma, levantándose sublime
sobre los campos del azul se mece,
deja la cárcel en que llora y gime
y mirando a los cielos, se engrandece!

1878.

VENUS

A ANTONIO MARQUEZ GUERRERO.

DEL MAR DE CHIPRE EN LA RISUEÑA ORILLA
medio velada por la densa bruma,
aparece flotando entre la espuma
de Citercs la vírgen sin mancilla.

Pálida la color de su mejilla
como del cisne de Estrimón la pluma;
aquel trasunto de belleza suma
es de la gracia la expresión sencilla.

Todo el Olimpo la contempla. Solo
se escucha el himno universal que entona
la diosa Poesía, de polo a polo.

Toca en la playa la gentil matrona,
y en las regiones de la luz Apolo
con su aureola de fuego la corona.

San Luis Potosí, 1879.

OCASO.

A UN PINTOR.

HE AQUÍ, PINTOR, TU ESPLÉNDIDO PAISAJE:
un lago obscuro, ráfagas marinás
empapadas en tintas cremesinas
y en el azul profundo del celaje;

un tronco que columpia su ramaje
al soplo de las auras vespertinas
y manchadas de verde las colinas
y de amarillo el fondo del bosque;

un peñasco de líquenes cubierto;
una faja de tierra iluminada
por el último rayo del sol muerto;

y, de la tarde al resplandor escaso,
una vela a lo lejos, anegada
en la divina calma del ocaso.



EL HIMNO DE LOS BOSQUES.

I.

EN ESTE SOSEGADO APARTAMIENTO,
lejos de cortesanas ambiciones,
libre curso dejando al pensamiento,
quiero escuchar suspiros y canciones.
¡El himno de los bosques! Lo acompaña
con su apacible susurrar el viento,
el coro de las aves con su acento,
con su rumor eterno la montaña.
El torrente caudal se precipita
a la honda sima, con furor azota
las piedras de su lecho, y la infinita
estrofa ardiente de los antros brota.
¡Del gigante salterio en cada nota
el salmo inmenso del amor palpita!

II

Huyendo por la selva presurosos
se pierden de la noche los rumores;

los mochuelos ocúltanse medrosos
 en las ruinas, y exhalan los alcores
 sus primeros alientos deleitosos.
 Abandona mis párpados el sueño,
 la llanura despierta alborozada:
 con su semblante pálido y risueño
 la vino a despertar la madrugada.
 Del Oriente los blancos resplandores
 a aparecer comienzan; la cañada
 suspira vagamente, el sauce llora
 cabe la fresca orilla del riachuelo,
 y la alondra gentil levanta al cielo
 un preludio del himno de la aurora.
 La bandada de pájaros canora
 sus trinos une al murmurar del río;
 gime el follaje temblador, colora
 la luz el monte, la campiña dora,
 y a lo lejos blanquea el caserío.
 Y va creciendo el resplandor y crece
 el concierto a la vez. Ya los rumores
 y los rayos de luz hinchán el viento,
 hacen templar el éter, y parece
 que en explosión de notas y colores
 va inundar a la tierra el firmamento.

III

Allá, tras las montañas orientales,
 surge de pronto el sol, como una roja
 llamarada de incendios colosales,
 y sobre los abruptos peñascales,
 ríos de lava incandescente arroja.
 Entonces, de los flancos de la sierra
 bañada en luz, del robleal obscuro,

del espantoso acantilado muro
 que el paso estrecho a la hondonada cierra;
 de los profundos valles, de los lagos
 azules y lejanos que se mecen
 blandamente del aura a los halagos,
 y de los matorrales que estremecen
 los vientos, de las flores, de los nidos,
 de todo lo que tiembla o lo que canta,
 una voz poderosa se levanta
 de arpegios, y sollozos, y gemidos.

Mugén los bueyes que a los pastos llevan
 silbando los vaqueros, mansamente
 y perezosos van, y los abrevan
 en el remanso de la azul corriente.
 Y mientras de las cabras el ganado
 remonta, despuntando los gramales,
 torpes en el andar, los recentales
 se quejan blanda y amorosamente
 con un tierno balido entrecortado.
 Abajo, entre la malla de raíces
 que el tronco de las ceibas ha formado,
 grita el papán y se oye en el sembrado
 cuchichiar a las tímidas perdices.
 Mezcla aquí sus ruidos y sus sonos
 todo lo que voz tiene; la corteza
 que hincha la savia ya, crepitaciones,
 su rumor misterioso la maleza
 y el clarín de la selva sus canciones.
 Y a lo lejos, muy lejos, cuando el viento,
 que los maizales apacible orea,
 sopla del Septentrión, se oye el acento
 y algazara que, locas de contento,
 forman las campanitas de la aldea....
 ¡Es que también se alegra y alborozá

el viejo campanario! La mañana
 con húmedas caricias lo remoja;
 sostiene con amor la cruz cristiana
 sobre su humilde cúpula; su velo,
 para cubrirlo, tienden las neblinas,
 como cendales que les presta el cielo
 y, en torno de la cruz, las golondrinas
 cantan, girando en caprichoso vuelo.

IV

Oigo pasar, bajo las frescas chacas,
 que del sol templan los ardientes rayos,
 en bandadas, los verdes guacamayos;
 dispersas y en desorden las urracas.
 Va creciendo el calor. Comienza el viento
 las alas a plegar. Entre las frondas,
 lanzando triste y gemidor acento,
 la solitaria tórtola aletea.
 Suspenden los saúses su lamento,
 calla la voz de las cañadas hondas
 y un vago y postrer hálito menea,
 rozando apenas, las espigas blondas.

Entonces otros múltiples rumores
 como un ejambre llegan a mi oído:
 el chupamirto vibra entre las flores;
 sobre el gélido estanque adormecido
 zumba el escarabajo de colores,
 en tanto la libélula, que rasa
 la clara superficie de las ondas,
 desflora los cristales tembladores
 con sus alas finísimas de gasa.

El limpio manantial gorgoritea
 bajo el peñasco gris que le sombrea,

corre sobre las guijas murmurando,
 lame las piedras, los juncuales baña
 y en el lago se hunde; la espadaña
 se estremece a la orilla susurrando
 y la garza morena se pasea,
 al són del agua cariñoso y blando.

V

Ya sus calientes hálitos la siesta
 echa sobre los campos. Agostada
 se duerme la amapola en la floresta
 y, muerta, la campánula morada
 se desarraiga de la roca enhiesta;
 pero en la honda selva estremece
 no deja aún de palpitar la vida:
 toda rítmica voz la manifiesta.
 No ha callado una nota ni un ruido:
 en el espacio rojo y encendido
 se oye a los cuervos crascitar, veloces
 la atmósfera cruzando, y la montaña
 devuelve el eco de sus roncas voces.
 Las palomas zurean en el nido;
 entre las hojas de la verde caña
 se escucha el agudísimo zumbido
 del insecto apresado por la araña;
 las ramas secas quíebranse al ligero
 salto de las ardillas, su chasquido
 a unirse va con el golpeo bronco
 del pintado y nervioso carpintero
 que está en el árbol taladrando el tronco;
 y las ondas armónicas desgarran,
 con desacorde són, el chirreante
 metálico estridor de la cigarra.

Corre por la hojarasca crepitante
la lagartija gris; zumba la mosca,
luciendo al aire el tornasol brillante
y, agitando su crótalo sonante,
bajo el breñal la víbora se enrosca.

En intenso calor ha reseca-
do la sabia de los árboles; cayendo
algunas hojas van y, al abrasado
aliento de la tierra evaporado,
se revienta la crustala crujiendo.

En tanto yo, cabe la margen pura,
del bosque por los sonos arrullado,
cedo al sueño embriagante que me enerva
y hallo reposo y plácida frescura,
sobre la alfombra de tupida hierba.

VI

Trepando, audaz, por la empinada cuesta
y rompiendo los ásperos ramajes,
llegó hasta el dorso de la abrupta cresta,
donde forman un himno, a toda orquesta,
los gritos de los pájaros salvajes.
Con los temblores del pinar sombrío
mezcla su canto el viento, la hondonada
su salmodia, su alegre carcajada
las cataratas del lejano río.
Brotó la fuente en escondida gruta
con plácido rumor y, acompasada,
por la trémula brisa acariciada,
la selva agita su melena hirsuta.
Esta es la calma de los bosques: mueve
blandamente la tarde silenciosa
la azul, y blanca, y ondulante, y leve

gasa que encubre su mirar de diosa.

Mas ya Aquilón sus furias apareja
y su pulmón la tempestad inflama.
Ronco alarido y angustiosa queja
por sus gargantas de granito deja
la montaña escapar; maldice, clama,
el bosque ruge y el torrente brama
y, de las altas cimas despeñado,
por el espasmo trágico rompido,
rueda el vertiginoso acantilado,
donde han hecho las águilas el nido
y su salvaje amor depositado;
y, al mirarle por tierra destruído,
expresión de su cólera sombría,
aterrador y lúgubre graznido
unen a la tremenda sinfonía.
Bajo hasta la llanura. Hinchado el río
arrastra, en pos, peñascos y troncos
que con las ondas encrespadas luchan.
En las entrañas del abismo frío
que parecen hervir, palpitaciones
de una monstruosa víscera se escuchan.
Retorcidas raíces, al empuje
feroz, rompen su cárcel de terrones.
Se desgaja el espléndido follaje
del viejo tronco que al rajarse cruje;
el huracán golpea los peñones,
su última racha entre las grietas zumba
y es su postrer rugido de coraje
el trueno que, alejándose, retumba
sobre el desierto y lóbrego paisaje....

VII

Augusta ya la noche se avecina,
 envuelta en sombras. El fragor lejano
 del viento aun estremece la colina
 y las espigas del trugal inclina,
 que han dispersado por la tierra el grano.
 Siento bajo mis pies trepidaciones
 del peñascal; entre su quiebra obscura,
 revuelto el manantial, ya no murmura,
 salta, garrulador, a borbotones.
 Son las últimas notas del concierto
 de un día tropical. En el abierto
 espacio del Poniente, un rayo de oro
 vacila y tiembla. El valle está desierto
 y se envuelve en cendales amarillos
 que van palideciendo.—Y el sonoro
 acento de la noche se levanta.

Ya empiezan melancólicos los grillos
 a preludiar en el solemne coro....
 ¡Ya es otra voz inmensa la que canta!

Es el supremo instante. Los ruidos
 y las quejas, los cantos y rumores
 escapados del fondo de los nidos,
 de las fuentes, los árboles, las flores;
 el sonrosado idilio de la aurora,
 de estrofas cremecinas que el sol dora,
 la égloga de la verde pastoria,
 la oda de oro que al mediar el día
 de púrpura esplendente se colora,
 de la tarde la pálida elegía
 y la balada azul, la precursora
 de la noche tristísima y sombría;....
 todo ese inmenso y continuado arpegio,

estrofas de una lira soberana
 y versos de un divino florilegio,
 cual bandada de pájaros canora,
 acude a guarecerse en la campana
 de la rústica iglesia que, lejana
 se ve, sobre las lomas descollando.
 Y en el instante místico en que al cielo
 el *Angelus* se eleva, condensando
 todas las armonías de la tierra,
 el himno de los bosques alza el vuelo
 sobre lago, colinas, valle y sierra:
 y, al par que la expresión que en su agonía
 la tarde eleva a la divina altura,
 del universo el corazón murmura
 esta inmensa oración: ¡SALVE, MARÍA!

LA CANCIÓN DEL OTOÑO.

I

ZUMBA ¡OH VIENTO! ZUMBA Y RUGE
dispersando la simiente;
que la crústula reviente
a la furia de tu empuje.

La hojarasca cruje, y cruje
el ramaje tristemente;
que tu garra prepotente
los retuerza y los estruje.

Resonando las serojas
se estremecen al chasquido
que crepita en las panojas,
y es canción en la espesura,
en las ruinas alarido
y en los nervios crispatura.

II

Bajo el oro fulgurante
del espacio, la llanada
se enrojece caldeada
por el sol reverberante;

y es es la milpa, centellante
por la escarcha de la helada,
blonda virgen cobijada
con un velo de diamante.

Oro y grana las campiñas
que el divino cielo cubre,
son sembrados y son viñas;

y a los soplos otoñales,
los viñedos seca Octubre
y Noviembre los maizales.

III

Ancho río, cauce angosto,
ya no se oye vuestro acento;
hoy seguís en curso lento,
resecados por Agosto.

Pero el zumo del remosto
cuando corre, pasa el viento
preludiando tremulento
la anacreónica del mosto.

Alza a tí criatura
un acento soberano,
pues le ofrece tu ternura,

¡Oh, invisible Pan divino!
tu substancia, que es el grano
y tu sangre, que es el vino